

HÉROES Y ANTI-HÉROES EN LA GUERRA DE CUBA: DE DON RODRIGO DÍAZ DE VIVAR A JOSÉ MARTÍ

ADELAIDA SAGARRA GAMAZO

En julio de 1895 murió en la batalla de Peralejo Fidel Alonso de Santocildes, uno más entre los miles de militares españoles que nunca regresaron de Cuba. En la microbiografía necrológica que se publicó en *El Diario de Burgos* aparece un dato que bien pudo reflejar la idea que el propio General, como burgalés, tenía de lo heroico. Alonso Santocildes era el Presidente de la Sociedad Burgalesa de La Habana y, como tal, al abrirse la suscripción para erigir un monumento al Cid Campeador, acogió con entusiasmo la iniciativa y dió un ejemplar donativo. Este gesto parece poner de manifiesto que don Rodrigo Díaz de Vivar, héroe burgalés de la Reconquista y terror de los Moros, muerto en combate cerca de Valencia –se conmemoran ahora los 900 años– era para Fidel Alonso un ejemplo de servicio a la Patria, cuando ésta –ya casi en el siglo XX– luchaba por unos territorios, Cuba, Filipinas y Puerto Rico, tan imprescindibles para la integridad de la Patria como lo había sido la tierra ocupada por los musulmanes en el siglo VIII.

Sin embargo, el dinero recaudado para el monumento acabó siendo empleado en la compra de quinina y otros medicamentos para combatir las terribles enfermedades tropicales que –más que los *mambises* o rebeldes cubanos– iban agotando lentamente al ejército español. Es como si este hecho anunciara la desaparición de la concepción histórica y romántica de lo heroico e impusiera lo pragmático como filosofía para toda una sociedad que a raíz de los sucesos de 1898 descubrió que España era tarea para sí misma. Es de-

cir, se produjo un giro radical en la tradicional política quijotesca española hacia intereses más cercanos y directos, hacia un realismo desarrollista. No en vano el lema de Joaquín Costa, el pensador regeneracionista, era “Escuela, despensa y **siete llaves al sepulcro del Cid** (1)“. Pero hasta en este principio hay un reconocimiento, ya que en él iba impreso con fuerza el carácter de prototipo heroico del Campeador, vivo en la memoria colectiva todavía ocho siglos después de recorrer las tierras castellanas.

Por otra parte, según Celso Almuíña, en los círculos políticos de Castilla se empezó a considerar que el proyecto autonomista que Antonio Maura trató de implantar en Cuba –“supuestamente hubiera evitado el desastre de haberse aplicado (2)” (1)– era un precedente regionalista, para una región que evolucionaba hacia una mancomunidad nucleada por cuatro ciudades, siendo Burgos una de ellas. Así pues, para Burgos se abría una perspectiva nueva, de “Cabeza de Castilla” no solo histórica sino industrial. Esto puede interpretarse como una prueba de este cambio de mentalidad hacia el desarrollismo; el proyecto de Maura que fue un intento –claramente fracasado– de salvación del Imperio Ultramarino terminó siendo un modelo de autonomía regional e incluso local, en el que un incipiente beneficio empezaba a suplantar al heroísmo.

1. EL DISCURSO HISTÓRICO ESPAÑOL DEL HEROISMO

“Heridlos mis caballeros/sin temor con vuestras lanzas/ que con la merced de Dios/ nuestra será la ganancia (3)”.

Con estas palabras arengaba don Rodrigo Díaz de Vivar a sus hombres en la lucha contra los moros, en ese proceso de Reconquista de la tierra de “infieles” por el que la Corona de Castilla iba a recuperar su integridad territorial. Aquella España Latente, al decir

(1) Debo la recogida de este dato concreto a Nerea Llanos, Clara M.^a García Ureta, Elena Gómez de Segura y Rita Alonso Maté.

(2) Vid. ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso. “El regionalismo castellano-leonés: orígenes y primeras reivindicaciones político-económicas (1859-1923)” en *El pasado histórico de Castilla y León*. Volumen III. Junta de Castilla y León. Burgos, 1983. Pág. 355.

(3) Vid. GUARNER, Luis. *Poema de mío Cid, de Per Abbat*. Barcelona, 1982. Pág. 50.

del jurista Sánchez de Arévalo en el siglo XV, debía volver a configurarse en su máxima expansión: la Hispania Romana que incluía la Tingitania africana y las islas situadas al oeste. Esa España, efectivamente, tras ochocientos años de Reconquista volvió a trazarse (aunque con variaciones en el territorio de Africa) en los mapas del Viejo Mundo, y se convirtió en una Monarquía integradora de gentes y culturas muy diversas, que desde 1492 comenzó a asumir nuevas “tierras de infieles” al otro lado del Atlántico. Francisco López de Gómara definió en el siglo XVI la misión histórica de España al escribir que “en acabándose la conquista de los moros (...) se comenzó la de las Indias para que siempre peleasen los españoles con infieles y enemigos de la santa fe de Jesucristo (4)”.

Por eso, así como el Cid Campeador había cabalgado incansablemente contra los musulmanes, conquistadores y soldados del siglo XVI lucharon “por servir a Dios y a su majestad y dar luz a los que estaban en tinieblas y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente buscamos (5)”. Por eso no es en absoluto extraña la similitud entre el citado fragmento del Campeador y estas palabras que dirigió Hernán Cortés a su hueste, tal como narra el soldado Bernal: “mediante nuestro señor Jesucristo habíamos de vencer todas las batallas y rencuentros (...) y que no teníamos otro socorro ni ayuda sino el de Dios, porque ya no teníamos navíos para ir a Cuba sino nuestro buen pelear y corazones fuertes (6)”.

Inmediatamente después, el cronista afirma algo que sirve como punto de partida para el desarrollo de este trabajo: “y sobre ello dijo otras muchas comparaciones de hechos heroicos de los romanos (...) y todos a uno le respondimos que haríamos lo que ordenase; que echada estaba la suerte de la buena o mala ventura, como dijo Julio César sobre el Rubicón, pues eran todos nuestros servicios para servir a Dios y a su majestad (7)”. Es decir, a través de unas y otras descripciones se hace ver que los hombres del siglo XI y los del XVI tuvieron –entre muchos otros– un rasgo común: la familiaridad con el heroísmo, la necesidad de prototipos heroicos; el modelo ejemplar

(4) Vid. LOPEZ DE GOMARA, Francisco. *Historia de las Indias*. BAE. Tomo XXII. Madrid, 1946. Pág. 166.

(5) Vid. DIAZ DEL CASTILLO, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Historia 16. Madrid, 1988. Tomo I.

(6) Vid. DIAZ DEL CASTILLO, Bernal. Pág. 217.

(7) Ibidem. Pág. 217

de los héroes a quienes había que emular en proezas y bravura, en servicio a Dios y al Rey, en la conquista de la gloria y/o de la muerte en aras de una causa noble.

Los hombres de frontera, en Castilla o América, asumieron y conservaron el ideal caballeresco. El individualismo hispano, de origen probablemente ibérico, hizo que solo fuesen capaces de una gran empresa colectiva cuando hubo una causa proporcionada, como “la lucha contra los Romanos, la Reconquista, América, la Guerra de la Independencia (8)”. Esta relación de Castrillo Mazerés, que acaba aquí, podría incluir sin lugar a dudas las dos Guerras de Cuba y la Guerra de 1898 contra los Estados Unidos. Es más, el *homo hispanus* no solo debe ser un héroe, sino que “necesita del héroe para obedecerle (9)” “y precisamente por la exigencia de heroísmo propio y hacia los mandos inmediatamente superiores, el soldado español tiene también su idea de la heroicidad, su entendimiento de lo heroico, que va a pervivir y ser transmitido como parte del patrimonio histórico inmaterial. Esto, que fue un hecho social constatado y constatable para la sociedad española de fin de siglo pasado, lo era también en una sociedad como la burgalesa.

Porque –en definitiva– el héroe es como una radiografía de la sociedad en la que vivió o fue mitificado, al ser un compendio, una imagen del Hombre, con los principios que se valoran o se exaltan. Ese es el sentido que tiene el estudio de lo heroico –o lo antiheroico–: la aproximación a la mentalidad de una sociedad concreta en un tiempo concreto, como una forma de proyectar el futuro. Difícilmente sabremos hacia donde vamos si no sabemos quienes somos y de donde venimos.

2. ACERCA DE LO HEROICO: UN DISCURSO BURGALÉS

Por eso, tampoco es extraño que los burgaleses pudieran leer –es tan solo un ejemplo entre los cientos que podrían ponerse– en *El Papa-Moscas*, semanario fundado por Jacinto Ontañón, del 30 de

(8) Vid. CASTRILLLO MAZERES, Francisco. *El soldado de la Conquista*. Mapfre. Madrid, 1992. Pág. 131.

(9) *Ibidem*.

enero de 1898 que “España ha sostenido y sostiene la más heroica lucha que haya sostenido nación alguna...nadie podrá decir que el honor o el patriotismo español se debilitaron o que los restos de la dominación española se perdieron por falta de esfuerzos y sacrificios...si Inglaterra se hubiera impuesto en 1776 los enormes sacrificios que España se ha impuesto, no se hubiera realizado la independencia de los Estados Unidos (10)”.

Casi inmediatamente, en la sección *Campanadas*, se publicaba una definición esencial de España, que “es la nación de Bonifaz, de Juan de Austria, Bazán, Gravina, Churruca y Méndez Núñez (11)”. Se echa de menos la presencia del Campeador en esta relación heroica, pero no podemos olvidar que la guerra hispano-norteamericana fue fundamentalmente naval, por eso se presenta una ennumeración de Almirantes. Es decir, había que ofrecer –según Martín, periodista autor de este artículo– a los Estados Unidos una “Historia de España en sus héroes”, un itinerario de lo heroico que llegaba hasta el presente y representaba una amenaza. Frente a la prepotencia *yankee* –un pueblo bárbaro, sin apenas historia– se esgrimía “La Historia” como colección de heroicidades, de honores y muerte. Era como si la posibilidad gloriosa de lo extraordinario, lo excepcional y/o lo trágico fuera la única salida cargada de dignidad para una potencia decadente que veía expirar, con sus últimos territorios ultramarinos, su misión histórica, comenzada en los tiempos en que Rodrigo Díaz, natural de Vivar, campeaba por tierras de la meseta castellana.

No obstante, junto a esta postura generalizada en la prensa española del discurso heroico hasta la muerte –en realidad, hasta la última peseta– en la cuestión ultramarina, *El Papa-Moscas*, que fue primero “periódico satírico”, luego “sui generis” y por último, desde 1883, “un periódico de Burgos”, también introdujo en el contexto social el discurso cotidiano, real, desencantado y pragmático, que apenas rozaba lo heroico.” No hay doncella casadera que no sueñe encontrar su media naranja dentro del plazo de los 365 días venideros (12)”; con estas palabras de la sección *Sinfonía* el semanario quería infundir ánimo en sus lectores después de un año “entre te-

(10) Vid. *El Papa-Moscas* (citaré *PM*), 30 de enero de 1898. Es un fragmento de un artículo de Martín, enviado desde Nueva York.

(11) Vid. *PM*, 30 de enero de 1898.

(12) Vid. *PM*. 2 de enero de 1898.

mores, esperanzas, desengaños, dolores, guerras y transtornos (13)”; así pues “amiguitos, paciencia y baraja (14)”, es decir, nada tan opuesto a lo heroico.

Además, el contexto informativo de estos comentarios –por ejemplo, un anuncio de Chocolates y Cafés de la Compañía Colonial o bien del Vino de Peptona Ortega, de venta en Ultramar– introducía la dimensión habitual de “lo cubano” para algunos burgaleses. Pero no para todos, puesto que en ese mismo periódico, *Brevis el Breve* publicaba la relación de bajas de entre los soldados procedentes de Burgos en los diez primeros días del mes de diciembre del 97: 18 hombres con una media de 29 años. Bastaban su nombre y su primer apellido acompañados de la edad para que no hiciera falta comentar nada: Eugenio García, 22; Juan Balgac, 22; Nicolás Orcho, 21; Cándido Angulo, 20... (15). Esta era la dimensión real de los “sacrificios heroicos” que España se imponía en aras de la gloria patria.

El domingo siguiente también se publicaron en *El Papa-Moscas* diversas informaciones sobre Cuba. Con un punto de sátira apareció en *Campanadas* la noticia de que “en Cádiz ha intentado suicidarse un soldado que tenía que salir en breve para Ultramar. Esto es lo que él diría: ¿tengo que ir al otro mundo? pues el camino más corto es tirarse por el balcón¹⁶”. Pero, aunque lo crítico permaneció, y lo trivial también –volvió a hacer acto de presencia cuando a renglón seguido se publicaba, casualmente o como un golpe de efecto psicológico, una reseña sobre *La Infantería Española (elogio de un portugués)*, que es una exposición laudatoria con aspectos divertidos tales como titular a Carlos V “organizador de los Tercios”– lo heroico predominó siempre como discurso oficial, como opinión publicada, ya que no pública, como el sentir teórico de una nación que se iba desangrando poco a poco, más en los hospitales de infecciosos que en el frente, en la manigua (17).

Incluso este semanario acogió en sus páginas algún discurso heroico, como este *Soneto a la Guerra*, publicado en la sección *Ecos*

(13) Vid. PM.30 de enero de 1898.

(14) Ibidem.

(15) Ibidem.

(16) Vid. PM. 9 de enero de 1898.

(17) Así se denomina a la selva cubana .

del País: “huye la tarde a su fulgor incierto/ suelta la rienda sobre el pecho herido/ cruzando va un corcel solo y perdido/ el campo de batalla ya desierto/ de sangre y lodo y de sudor cubierto/ con ojo audaz y con atento oído/ al césped interroga en que el gemido/ calló hace poco, del soldado muerto/ allí se para el aire dilatando/ la entreabierta nariz el aire aspira/ llegan los cuervos al festín nefando/ apaga el sol su funeraria pira/ mueve la hierba el bruto resoplando/ lame la frente al paladín y espira (18)”.

3. PRESENCIA LITERARIA E HISTÓRICA DEL CID, UN HÉROE MEDIEVAL, EN EL SIGLO XIX

En su estudio del *Poema de mío Cid* habla Luis Guarner de una trilogía heroica de la literatura española: El Cid, Don Quijote y Don Juan, pero acentuando el protagonismo de Díaz de Vivar, ya que “así como Aquiles fue el héroe de Grecia y para Francia es símbolo heroico el esforzado Roldán, es para España el Cid la encarnación del héroe nacional (19)”. Por su parte, Menéndez Pidal subraya esta identificación cuando afirma que “su historia es nuestra Iliada, nuestra epopeya, no tenemos otra; y esa epopeya, como todas las verdaderas epopeyas, no es la creación de un poeta ni de un historiador, es la creación de un pueblo (20)”.

Pues bien, esta creación estaba profundamente arraigada, porque en la España del siglo XIX el Cid era un personaje presente en los ambientes literarios y sociales. Además, no solo se leía el original *Poema de mío Cid* sino muchas otras obras, ya que fueron numerosas las ediciones en torno a la figura épica de Rodrigo Díaz que se publicaron (21). Así por ejemplo Telesforo Trueba Cossío incluyó en su *España Romántica* (1830 la edición en castellano) una narración romanesca titulada *Ruy Díaz de Vivar*; Stanislao de Kostka Vayo editó su novela *La conquista de Valencia por el Cid*, en 1831;

(18) Vid. *PM*. 9 de enero de 1898.

(19) Vid. GUARNER, Luis. (3). Pág. 12.

(20) Ibidem. Cfr. MENEDEZ PIDAL, Ramón. *La epopeya castellana a través de la literatura española*. Buenos Aires, 1945.

(21) He tomado la relación del estudio introductorio de Luis Guarner a su edición del *Poema de mío Cid*.

por su parte, Antonio Trueba escribió dos novelas, *Las hijas del Cid* (1859) y *El Cid Campeador* (1851); otro novelista, Manuel Fernández González, sacó a la luz 30 años después su obra *Cid Rodrigo de Vivar* (1881). Todavía en 1900 Francisco Pi y Arsuaga publicó *El Cid Campeador*.

Por lo que se refiere al teatro romántico, la presencia del Cid también es importante. José Eugenio de Hartzzenbusch escribió *La jura de Santa Gadea*; Manuel Fernández de Laviana *Afrenta del Cid vengada*; en 1842 Jesús Borao puso en escena *Las hijas del Cid*; Fernández González su *Ruy Díaz de Vivar* (1858); por último, José Zorrilla en 1882 cerraba este ciclo cidiano con *La Leyenda del Cid*.

Es decir, probablemente muchos de los soldados españoles que combatían en la Gran Antilla –al menos aquellos de un nivel cultural medio-alto– podrían haber leído o escuchado y visto prosa, poemas, representaciones teatrales, leyendas acerca de don Rodrigo de Vivar tras este resurgimiento de su figura en el siglo pasado, y pudieron tenerlo como referencia necesaria mientras combatían por los últimos vestigios caribeños y pacíficos del imperio español. De hecho, su presencia en el conflicto es tal que cuando el Presidente de la República Filipina, Emilio Aguinaldo –formado en las Universidades de Manila y Hong-Kong, y culturalmente ajeno a lo español– declaró a los héroes de Baler, (conocidos como “los últimos de Filipinas”) amigos y no prisioneros de guerra, y se refirió a su valentía diciendo que habían realizado “una epopeya tan gloriosa y digna de los hijos del Cid (22)”. Por cierto, que entre ellos había un burgalés de Villalmanzo, Marcelo Adrián Obregón, quien a su regreso fue recibido como un héroe en su lugar de origen, donde le dedicaron una plaza pública.

(22) Decreto de 30 de junio de 1899. Debo este dato concreto a Ignacio Trigo y Bruno Rodríguez de Prado.

4. CRÓNICAS BURGALESAS: HÉROES Y ANTIHÉROES EN LA GUERRA DE CUBA A TRAVÉS DE EL DIARIO DE BURGOS (FEBRERO-MAYO DE 1895) (23)

A. ALGUNAS PERSPECTIVAS DESDE LA PRENSA CASTELLANA

“La posición de los periódicos castellanos sobre la guerra del 95 responde en líneas generales a las distintas posiciones políticas e ideológicas a las que están vinculados –siendo utilizado el tema de la guerra de Cuba como un elemento más del enfrentamiento político a nivel nacional– sin traducir apenas posturas de carácter regional o local (24)”. Se aprovechaba la cuestión cubana como excusa para la pugna entre las dos Españas prefiguradas. Los problemas interiores, la diplomacia española en el panorama internacional, la vida parlamentaria, los sucesos urbanos, los ecos de sociedad... conformaban una gama amplísima de información sobre los hechos reales que afectaban cotidianamente la vida de los castellanos. Los precios de las harinas vallisoletanas que se vendían en las Antillas o el de las platusas en la burgalesa plaza de abastos –1 peseta el kilo–; los anuncios de Tomasa Baonza, corsetera madrileña o la crónica de un “a propósito local” titulado *Burgos fin de siglo* (compuesto por Oliván y Sáinz Celma) fueron el contexto ordinario de las noticias cubanas, como ya hemos visto. Entre todos los diarios castellanos –exceptuando los de tirada nacional que llegaban a la región– *El Norte de Castilla* era el de mayor difusión. Celso Almuíña ha estudiado en profundidad la información y enfoques de la prensa vallisoletana en general, mientras que Alonso y Blanco se han centrado en la Guerra de Cuba, y desde ella reflejan la postura de *El Norte* (25). A sus estudios remito; tan solo voy a señalar aquí algunos principios de interpretación del conflicto.

(23) Este periodo va desde el levantamiento de Baire -24-II-95- hasta la muerte de José Martí, héroe cubano- antihéroe en España. He elegido el Diario de Burgos porque al ser un diario recoge mayor información y con mayor precisión y evoluciona con más rapidez que el semanario *Papa-Moscas*, que nos ha servido para introducir ejemplos concretos de discurso heroico y discurso pragmático.

(24) Vid. ALONSO VALDES, Corelia-BLANCO RODRIGUEZ, Juan Andrés. *Presencia castellana en el Ejército Liberador Cubano (1895-1898)*. Junta de Castilla y León. Salamanca, 1996.

(25) Algunos estudios importantes sobre visiones periodísticas de la Guerra de Cuba son ALMUÍÑA FERNANDEZ, Celso. *La Prensa vallisoletana en el siglo XIX (1808-1898)*. Institución Cultural Simancas. Valladolid, 1977. LEON CORREA, FL.

La primera reacción al Grito de Baire (24-II-95) fue la suspensión de las garantías constitucionales en las Antillas, para abrogar la acción de filibusteros y bandoleros (26) causantes del levantamiento. En seguida se añadió a la información un matiz especial, al analizarse la sublevación como una intentona separatista que debía ser castigada. *El Norte* se incorporó a aquellos demandantes del principio de la “integridad de España” (27). Por otra parte, se denunciaron enérgicamente las redenciones en metálico, causantes de que la contienda afectase especialmente a los sectores más humildes de la sociedad.

En todas las ciudades –también en Burgos– se despedía a los soldados con música, en medio del fervor de militares y población civil, pero “el velo patriótico sirve para tergiversar la dura realidad (28)”; de lo heroico a lo innecesario o a lo excesivo algunas veces hay tan solo un paso. Además, la censura o “gabinete negro” se encargaba de contribuir a la confusión entre lo que sería deseable y lo real. Respecto a las críticas a la postura gubernamental, en estos primeros momentos, un tanto inciertos, en la prensa se reconoce una evolución desde la confianza en una rápida resolución hasta el pesimismo: “nos hallamos ante un conflicto grave y trascendente (29)”.

Por último, es oportuno resumir algunas consideraciones que Alonso y Blanco se hacen sobre el tratamiento informativo que se da a los independentistas quienes, según *El Norte*, eran “una horda sin disciplina compuesta de aventureros de toda raza, bandidos y fanáticos, incapaces de representar al pueblo de Cuba, cuya parte

León en el último tercio del siglo XIX. Prensa y corrientes de opinión (1868-98). Diputación Provincial. León, 1988. ELORZA, A. “Con la marcha de Cádiz. Imágenes españolas de la Independencia cubana” en *Estudios de Historia Social*. 44/47. Págs. 327-386. 1988. NOREÑA, María Teresa. “La Prensa obrera madrileña ante la visión del 98” en JOVER ZAMORA, José María. *El siglo XIX en España*. Ed. Doce Estudios. Págs. 576-611. Barcelona, 1974.

(26) Respecto a éste término, se utilizaba despectivamente para referirse a los rebeldes cubanos, tratando de hacer que se trataba de delincuentes comunes y por tanto de un conflicto de escaso rango. Por la misma razón se empleaba también la palabra filibusteros –antiguos piratas, ladrones de mar– para designar a los cubanos nacionalistas.

(27) Vid. ALONSO VALDES, Corelia-BLANCO RODRIGUEZ, Juan Andrés. (24). Pág. 80.

(28) *Ibidem*. Pág. 82.

(29) *Ibidem*. Pág. 82.

más inteligente condena la insurrección (30) “ o también “bandidos, filibusteros, criminal piratería, salvajismo filibustero (31)”. Sus cabezallas, tanto Máximo Gómez como Antonio Maceo fueron víctimas de una campaña de desprestigio. En el caso de Maceo, esta fue especialmente cruel, porque el General aparecía como la imagen de la Cuba negra, salvaje y devastadora, y cuyas tropas eran llamadas “la negrada” (32)...

B. EL DIARIO DE BURGOS

Entre 1875 y 1931 se consolidaron en España importantes diarios y fueron naciendo otros, que han hecho que podamos referirnos a esta etapa como “la de oro de la prensa (33)”. La promulgación de la Ley de Policía de Imprenta, aprobada en 1883 generó un momento óptimo, que los editores y periódicos aprovecharon: “de 544 publicaciones existentes en 1879 se pasaron a 1347 a comienzo de siglo (34)”. En ese contexto informativo, *El Imparcial*, de carácter liberal templado, monárquico e independiente, fue adquiriendo un enorme prestigio. Otros títulos como *El Globo*, *El Liberal* o *La Vanguardia* de Barcelona conformaban la opinión de los lectores de un cierto nivel intelectual.

Por otra parte, el movimiento regeneracionista que se fue gestando a consecuencia de los sucesos ultramarinos también afectó al periodismo. El hondo sentimiento de pesar y responsabilidad no era solo patrimonio de los políticos; como escribe M.^ª Cruz Seoane, “ no menos inconsciente e ignorante se había mostrado la prensa, que se atribuía la alta misión de formar a la opinión pública y había contribuido con su poder, del que tan orgullosa se mostraba, a extraviarla lamentablemente. Podría hacerse una antología de la insensatez con las reacciones de la prensa ante la insurrección cubana (35) “. Por

(30) Vid. ALONSO VALDES, Corelia-BLANCO RODRIGUEZ, Juan Andrés. (24). Pág. 82. Son palabras tomadas de *El Norte de Castilla* de 4 de marzo de 1895.

(31) Ibidem. Pág. 101.

(32) Ibidem. Pág. 101-104.

(33) Vid. SANCHEZ ARANDA, J.J. “La Prensa en España” en ALBERT, P. *Historia de la Prensa*. Ed. Rialp. Madrid, 1990. Págs. 185-224. Pág. 199.

(34) Ibidem. Pág. 200.

(35) Vid. SEOANE, M.^ª Cruz. *Historia del Periodismo en España. 2. El siglo XIX*. Alianza Universidad Textos. Madrid, 1992 (reimpresión).

su parte, Sánchez Aranda comenta como “de los anteriores al 98 unos diarios mejor y otros peor, se acoplaron a la nueva situación (36)”. Entre ellos se contaba el recientemente fundado Diario de Burgos.

Burgos contaba a finales del siglo XIX con una población aproximada de 26.000 habitantes. Hasta entonces, había habido en la ciudad varios proyectos de prensa –*El Eco Popular*, el ya visto *Papa-Moscas*, *El Independiente*, *El Eco de Burgos...*–pero ninguno se había consolidado como “el periódico”. Precisamente con ese propósito nació *El Diario de Burgos*: “llenaremos un vacío tanto más sensible cuanto mayor es la importancia de esta población (37)”. Ruiz de Mencía caracteriza las circunstancias españolas y burgalesas en que se empezó a editar el periódico con estas palabras escribiendo como “España se debatía en esos momentos en la angustiosa situación final de su Imperio, con la pérdida de Cuba y Filipinas y las primeras convulsiones sociales apuntaban ya a los acontecimientos posteriores, por el inconformismo y la exigencia de un cambio social y político (38)”.

La mayor parte de la información sobre la situación cubana en el diario burgalés estaba recogida en *Ecos Políticos-Carta de Madrid*, en primera plana y en *Última Hora*, que aparecía en la tercera hoja –el periódico tenía cuatro– y en la que se publicaban textualmente los telegramas recibidos en la redacción con carácter urgente. El reportero que enviaba las noticias a Burgos era Mencheta, quien a su vez, actuaba como corresponsal de *El Norte* en la capital (39)”. Esto quiere decir que casi toda la información cubana que pudiera llegar aquí pasaba por un mismo filtro, lo que podría hacernos pensar en una visión unívoca. Quizá en parte fuera así, pero es preciso señalar que Mencheta era un experto en temas antillanos. Como tal había llegado a entrevistar a Antonio Maceo en 1886, reflejando sus concimientos directos sobre estas cuestiones en su libro *De Madrid a Panamá*.

(36) Vid. SANCHEZ ARANDA, J.J. Pág. 201.

(37) Vid. RUIZ DE MENCIA, Vicente. *Un siglo de Diario de Burgos. (1891-1991)*. Tomo I. Pág. 7.

(38) *Ibidem*.

(39) Vid. ALONSO VALDES, Corelia-BLANCO RODRIGUEZ, Juan Andrés. (24). Pág. 43.

4. CRÓNICAS BURGALESAS: HÉROES Y ANTIHÉROES EN LA GUERRA DE CUBA A TRAVÉS DE EL DIARIO DE BURGOS (FEBRERO-MAYO DE 1895) (40)

A. LO QUE LEYERON LOS LECTORES DE EL DIARIO DE BURGOS

El 25 de febrero de 1895, al día siguiente del Grito de Baire, detonante del levantamiento mambí, los lectores del Diario debieron sobresaltarse con un telegrama, en la sección *Última Hora*, según el cual se habían suspendido en Cuba las garantías constitucionales, para extirpar el bandolerismo y el separatismo (41). No se mencionaba la orden de sublevación enviada por Martí a la isla –como es sabido– en un cigarro puro.

Sin embargo, el breve texto consiguió centrar los *Ecos Políticos* del día siguiente. Con la rapidez “que suele caracterizar a las cosas desagradables” había circulado la noticia de la suspensión. Según los ministros, el burgalés Calleja –gobernador general de Cuba– había hecho eso para atajar el bandolerismo (42), “vicio antillano por naturaleza”. En la Bolsa de Madrid y los círculos políticos el análisis de las causas había sido más preciso –intentonas separatistas y proyectos filibusteros– e iba unido a la aprobación del comportamiento del General Emilio Calleja.

Este, además, había emplazado navíos en las costas porque sabía que los separatistas isleños y los que estaban en Estados Unidos habían acordado una estrategia común y había que evitar que “los filibusteros de dentro se comuniquen con los de fuera (43)”. Mencheta, desde Madrid, comentaba en *Última Hora*, que los tres partidos allá existentes “afianzan la paz moral del país y tienden a normalizar la política (44)” en apoyo absoluto a Emilio Calleja.

(40) Este periodo comprende desde el levantamiento de Baire (24-II-95) hasta muerte de José Martí (19-V-95). La única documentación que excede estos límites cronológicos es la nota necrológica de Fidel Alonso de Santocildes que se publicó en el mes de julio del 95.

(41) Vid. DB.25 de febrero.

(42) Sobre el bandolerismo puede verse PAZ SANCHEZ, M. de. FERNANDEZ FERNANDEZ, J. LOPEZ NOVECIL, N. El bandolerismo en Cuba. Cabildo Insular de Fuerteventura. Servicio de Publicaciones de la Cutura Popular Canaria. Tenerife, 1994.

(43) Vid. DB.26 de febrero.

(44) Vid. DB.26 de febrero.

La cuestión cubana no perdió la primera plana en los días sucesivos, aunque apenas había noticias, y las escasas que llegaban a la Redacción eran inciertas. El movimiento separatista podía fracasar y reducirse a las pocas partidas que gritaban ¡Cuba Libre!, pero “es un hecho evidente que desde la Paz de Zanjón (1878), el separatismo alienta (45)”. La opinión pública española reclamaba la verdad, una verdad que el gobierno no decía, que llegaba a Burgos con días de retraso, y por el recorrido La Habana-Nueva York-Londres-Madrid-Provincias. Mencheta con el estilo crítico y discreto que le caracterizaba escribió “más vale tarde que nunca”. Sin embargo, el silencio sobre Martí y los otros impulsores del levantamiento perduraba.

En cambio, el corresponsal del periódico empezó a identificar bandoleros y partidas –es decir, gentes opuestas a lo heroico– como si por informar sobre ellos se les venciera; como si por nombrarles, se les dominara. El 28 habló de dos grupos en Santiago y uno en Matanzas, capitaneado por el célebre Manuel García que mientras gritaba ¡Cuba Libre! no dejaba de robar. En cambio en *Última Hora* del mismo día Mencheta daba cuenta de la muerte de García, el “Rey de los campos” a manos de la Guardia Civil; de la insurrección de Baire y del estado de la guerra en Matanzas y Santiago. En los ambientes de decisión política empezaba a rumorearse la posible sustitución de Emilio Calleja.

El 4 de marzo saltaron a la opinión pública algunas declaraciones que Céspedes –el responsable de Yara, presentado en el *Diario de Burgos* como un adepto al separatismo– había hecho a “un periódico de Nueva York (no se dice cual), opinando que “la insurrección tiene por lo menos tanta importancia como la de 1868, que España ha de verse obligada dado su estado financiero a ceder”. A renglón seguido se mezclaban en primera plana diversas noticias: Maceo y Guerra se habían levantado en Manzanillo; otros en Veguitas. *Última Hora* añadía una información crucial, al recoger un telegrama en el que se decía que los Cónsules de Santo Domingo y Costa Rica habían confirmado la presencia en estos países de dos hombres de importancia excepcional, Gómez y Antonio Maceo, respectivamente. Sobre Martí, silencio.

(45) Vid.DB.27 de febrero.

Un día después corría por Madrid –y se comunicó en Burgos– la noticia de la divulgación de un pasquín titulado “De Jara (sic. Yara, grito y levantamiento independentista de 1868) a Zanjón” que había llegado hasta los pasillos del Congreso y del Senado; era parecido a un billete de banco de cinco duros –se decía en *El Diario*–, y estaba lleno de inscripciones filibusteras (46). El acceso de la propaganda mambí a los ambientes de decisión españoles tuvo su contrapartida: desde entonces, cada día se exponían públicamente en los pasillos de las Cámaras los telegramas y últimas noticias de las colonias ultramarinas. Todo esto contribuyó a crear un ambiente de hervidero febril, de política de pasillo, y de falta de serenidad. De todos modos, la línea informativa mantenía su estilo. Lacónicamente se transmitía el estado de la guerra frente a los mambises: “existen cuatro partidas mandadas por Guillermón, Garzón, Periquito Pérez y Quintín Banderas. Forman un total de 180 hombres mal armados que rehuyen los encuentros con nuestras tropas. Se extreman las precauciones en Guantánamo y las costas de Santiago están vigiladas por tres cañoneros”.

No obstante, la reacción política no debió ser importante porque el 6 de marzo Mencheta, en su *Carta desde Madrid* (47), se limitaba a hacer un resumen informativo de los sucesos de días anteriores, sin otros comentarios. Añadió solo un dato: el médico Marrero, jefe de la partida de Yagüey Grande, se había entregado, con lo que el movimiento de Matanzas quedaba bastante maltrecho (48). En *Última Hora*, el corresponsal adelantó que se había sabido que el cabecilla Matagás y su gente merodeaban por Santa Clara, y habló por primera vez de Cayo Hueso, donde los cubanos estaban muy activos, preparando un desembarco.

Sin embargo –al menos según describía el periodista– los mambises del interior de la isla seguían retrocediendo, ya que Arango, un cabecilla, se había rendido, y el teniente coronel Bosch perseguía a Periquito Pérez. Por lo demás, leyendo *El Diario de Burgos* es notorio el hecho de que demasiadas veces las noticias, mejores o peores, van precedidas por un “se dice” de Mencheta que deja transparentar un cierto confucionismo en la información, o una remota

(46) Vid.DB.4 de marzo.

(47) Vid.DB.5 de marzo.

(48) Vid.DB.6 de marzo.

esperanza, por ejemplo con su expresión “hoy debe de haberse realizado el movimiento de avance sobre Baire (49)”.

El día 9 el tono de redacción del relato varió: “los pesimismoes que ayer circulaban en el Congreso y de los cuales me hice eco en la carta anterior, han sido neutralizados por gratas noticias (50)” de rendiciones, bajas y estrategias. En su largo artículo el corresponsal Mencheta comentaba como la prensa antillana, que predicaba separatismo, “ha sido la principal causa de insurrección”; sin embargo, es como si José Martí nunca hubiera escrito, dicho o hecho nada: silencio. Mientras tanto, seguían embarcando soldados españoles para Cuba, a quienes el periodista llamó “hijos de la patria que van a defender la integridad en la manigua⁵¹”. A los cubanos, esta definición les habría parecido un despropósito; en cambio les habría satisfecho probablemente otra expresión menchetiana –“las repúblicas de origen hispano” que empleó días más tarde y parecen como un eco de otras, martianas, como “Los Pueblos Españoles de América” o América como “familia de Repúblicas”...¿Pudo Mencheta leer a Martí? Lo considero muy probable.

Entre el 12 y el 25 de marzo los burgaleses siguieron al día la localización de las partidas –Periquito Pérez, en Guantánamo; los insurrectos de Viñares; Pacheco y sus hombres en Solís; y Mirabal y los suyos en Yara–; las noticias que llegaban de Londres vía Nueva York; la destitución de todos los Catedráticos separatistas de la Universidad de La Habana y su sustitución por otros que no lo fueran, bien peninsulares o cubanos (52). Para Mencheta, y en general los españoles, en Cuba había dos tipos de personas: los cubanos pro-españoles y los mambises; los mambises lo entendían de otra forma: había cubanos y traidores. Los héroes de unos eran los antihéroes de los otros.

Por fin, el 26 los lectores del *Diario* tuvieron que añadir a su galería de personajes en esta guerra, a otro a quien habrían de seguir con atención, José Martí, en la cúspide de la organización de los revolucionarios, junto a Gómez. Maceo, escribía Mencheta, todavía estaba en Puerto del Limón (53). A partir de este momento es fácil

(49) Vid.DB.9 de marzo.

(50) Vid.DB. 9 de marzo.

(51) Vid.DB.26 de marzo.

(52) Vid.DB.26 de marzo.

(53) Vid. DB.26 de marzo.

seguir las operaciones de los mandatarios independentistas: el desplazamiento de Martí desde Santo Domingo a Cuba (54); el desembarco de Antonio Maceo en Jamaica acompañado de Flor Crombet o la salida de José Martí y Máximo Gómez desde Haití hacia la Perla de las Antillas en un buque inglés (55).

Tras un lapsus de cuatro días, Mencheta proporcionó nuevas informaciones: el Cónsul de Haití había comunicado al gobierno español su decisión de ordenar “el arresto de Gómez y Martí si llegan allí (56)”. Relataba también la captura por parte del cañonero *Indio* de dos hombres, procedentes de un pailebote embarrancado cerca de Baracoa; otros 22 pudieron escapar, dirigidos por los Generales Maceo, Valdés y Crombet. Se internaron en la isla en busca de la partida de Salazar, que se dirigía a Santa Isabel Nipe (57). Maceo y sus rebeldes fueron combatidos en Palmerito, el 12 de abril, aunque en Burgos no se supo hasta el 15. Murió en la refriega Flor Crombet; Fortier, Noriega y Sáiz fueron capturados, y Jorge Estrada se entregó. Seguía luchando José Maceo, con sus 700 hombres en Zaraqüica (o Zarahuaca, que de las dos formas aparece en las columnas); allí les atacó un destacamento español con Salcedo al mando. Los mambises huyeron y fueron acorralados en Arroyo Hondo.

Aunque Mencheta escribía pródigamente –el 19 de abril comunicó la muerte de “Guillermón” y la confirmación de que el 14 habían desembarcado cerca de Baracoa Gómez y Martí (58)– hasta principios de mayo las noticias de Cuba apenas variaron; pero, en cambio, en el diario del día 7, leyendo un artículo tomado de *Las Novedades* de Nueva York los burgaleses supieron que los mambises estaban “desmoralizados” por la desaparición, por enfermedad, de Guillermo Moncada, y de Crombet y Cabrero en acción de guerra. Por su parte, Antonio Maceo estaba “solo, fugitivo, enfermo, disgustado, desprestigiado, impulsado al suicidio (59)”. De Martí, silencio. Entonces Mencheta concluyó en una predicción, augurando para los mambises un rápido final –el **destino manifiesto** de las partidas era el que tuvo la de Maceo y Crombet– con un término –**destino manifiesto**– que ya tenía profundas connotaciones imperialistas.

(54) Vid. DB.2 de abril.

(55) Vid.DB.a de abril.

(56) Vid.DB.8 de abril.

(57) Vid.DB.12 de abril.

(58) Vid.DB.19 de abril.

(59) Vid. DB. 7 de mayo.

A partir de entonces, el corresponsal del *Diario* en Madrid, volvió a identificar la cuestión cubana con los éxitos, o fracasos de los soldados españoles y los filibusteros: Maceo y sus hombres levantaron los raíles en el poblado del Cristo; Matagás reapareció en Colón; el “Coronel Pablo” fue abatido en Palma Soriana por Sandoval y su tropa; lo fueron, en Holguín, las partidas de Aramburu, Martínez y Rodríguez. Los Maceo, Antonio y José, encabezaron un combate en Jovito, a 10 km de Guantánamo. En cambio, el 18 de mayo en su *Carta de Madrid* destacó una noticia política: corrían rumores en la capital de que Máximo Gómez había convocado una asamblea de insurrectos para declarar la independencia. Nada se decía de José Martí.

El 19 de mayo fue domingo; ninguno de los burgaleses –ni de los españoles–podían maginar que aquel día, que era festivo, de paseo, de familia, de casino y tertulia, Martí –el alma de Cuba– moriría en Dos Ríos, abatido por los disparos de uno de aquellos “hijos de la Patria que defendían la integridad en la manigua”. En los *Ecos Políticos* del lunes la información cubana fue precisamente que “no se ha facilitado a la prensa ninguna noticia (60)”; al día siguiente Mencheta dió a conocer desde su espacio habitual en primera plana que Martí, Gómez y Maceo habían mantenido una entrevista con un corresponsal del *Herald*, negándose a considerar la posibilidad de anexión a los Estados Unidos por parte de Cuba. No había otro planteamiento que independencia o muerte.

El miércoles pasó sin especiales novedades, y, por fin, el jueves 23 de mayo, cuatro días después del encuentro en Dos Ríos, los lectores burgaleses pudieron saber que “ha sido muerto Martí, jefe del Partido Separatista (61)”. Por un espía que llevaba cartas para José Martí y Máximo Gómez y fue capturado en Río Contramaestre los españoles habían sabido que unos 800 jinetes insurrectos habían acampado en Dos Ríos. La columna del General Sandoval se enfrentó a este grupo, dirigido por Maceo, Gómez, Massó, Maestro y Borrero. El combate duró una hora y media, y en él murió “el Presidente de la República (62)” a consecuencia de dos balazos que le disparó –mientras arengaba a sus hombres con revólver en mano– “con envidiable puntería” el técnico Oliva. La noticia hizo renacer

(60) Vid. DB. 20 de mayo.

(61) Vid. DB. 23 de mayo.

(62) Vid. DB. 23 de mayo

“grandes esperanzas (63)”. El cadáver se embalsamó y se expuso en Santiago, para que a los cubanos no les quedara duda alguna de lo sucedido.

A lo largo de esta síntesis de la información cubana han ido apareciendo tanto personajes españoles como cubanos, y el dominicano Máximo Gómez. Entre todos ellos hay seis figuras relevantes –dos héroes burgaleses y cuatro anti-héroes cubanos (es decir, cuatro héroes en el bando contrario)– de las que se publicaron breves semblanzas o microbiografías, o al menos los elementos necesarios para poder entretejerlas. Se trata de Emilio Calleja, Fidel Alonso de Santocildes, Manuel García, Matagás, Máximo Gómez y José Martí.

B. DOS HÉROES BURGALESES

Pero los burgaleses, lejos de los bandoleros o el General insurrecto, vivieron la guerra, en esta primera fase, a través de sus paisanos Calleja y Santocildes. Sanz Pastor, otro militar burgalés destacado en la Guerra Larga (1868-78) había muerto en 1893.

a. Emilio Calleja

Emilio Calleja Isasi (64) fue dos veces destinado a Cuba, a lo largo de su carrera militar, entre 1886-87 –etapa en que dedicó activamente a la erradicación del bandolerismo– y de nuevo en 1893, con la función específica de poner en marcha el plan reformista de Antonio Maura, que terminó por fracasar como vimos. A principios de 1895 recibió delaciones sobre los preparativos de una expedición mambisa de tres vapores –Lagonda, Amadís y Baracoa– con hombres bien pertrechados, armas y municiones. El Gobernador General comunicó la información al embajador español en Washington y emitió una circular a todas las autoridades de la isla para iniciar la investigación.

En realidad, la versión de Mencheta es un tanto imprecisa; la tentativa de invasión fue directamente preparada por Martí –de quien no se dice nada– para finales de 1894, desde Fernandina (Flo-

(63) Vid.DB.24 de mayo.

(64) Sobre Calleja, vid. BARRIOS,L. El General Calleja. Imprenta del Correo Militar.Madrid, 1896.

rida). El contingente mambí se iba a dirigir a Camagüey, Oriente y Las Villas. Efectivamente, los norteamericanos, informados por Calleja, confiscaron los navíos, teniendo los mambises una pérdida de unos 60.000 dólares. Como Emilio Calleja sabía de la existencia de la conspiración de Baire, el 23 de febrero, un día antes, suspendió en Cuba las garantías constitucionales, de acuerdo con los partidos políticos cubanos (65). Y así, aunque llegó a haber levantamientos en Santiago de Cuba, y las partidas de García, Marrero, Coloma, y Matagás en Matanzas y Santa Clara, “todos fueron vencidos por Calleja (66)”.

En la prensa local de Burgos, el General aparecía como el que enviaba y firmaba los frecuentes telegramas dirigidos al Gobierno con noticias recientes de la isla; en los medios políticos se le consideraba hombre poco diligente, y de postura insuficientemente tajante respecto a los insurrectos. Si Arsenio Martínez Campos tuvo que decir en el Congreso de los Diputados que se complacía de que el gobierno mantuviera a Calleja en su puesto, señalando que era preciso que “la digna autoridad que hoy nos representa en lejanas tierras sea respetada y considerada por todos (67)” es porque –por lo menos– se había dudado al respecto. Efectivamente determinados sectores de opinión política se cuestionaron la idoneidad de Calleja. Es más, el propio *Diario de Burgos* insistía en lo intolerable de la desinformación en que el militar burgalés mantenía a la Patria; y el 19 de abril cuando Mencheta comunicó la toma de posesión de Martínez Campos, hizo una punzante crítica a Calleja, al hacer llegar al gran público que “el gobierno no está muy satisfecho de los servicios de dicha autoridad (68)”.

El propio General se defendió en la mencionada entrevista de *La Voz de Galicia* diciendo que él siempre había informado al Gobierno. Denunció la crisis económica; declaró que no había podido disponer de fuerzas militares para controlar la isla; se refirió a las actividades mambisas dentro y fuera de Cuba; desmintió muchas noticias fundamentadas solo en rumores; analizó la situación en la

(65) Calleja relató su visión de los hechos una vez de regreso a España, en la Coruña, en una entrevista realizada en un periódico local gallego, que el *Diario de Burgos* publicó el 3 de mayo.

(66) Vid.DB.3 de mayo.

(67) Vid.DB.9 de marzo.

(68) Vid.DB.9 de marzo.

gran Antilla, y la estrategia a seguir desde su punto de vista. Habló de Gómez y Maceo. Para Martí, de nuevo el silencio.

No obstante esta defensa no hizo cambiar de opinión a la clase política, para quien Calleja Isasi podía ser un anti-héroe. Sin embargo, en la opinión pública de Burgos, tuvo un defensor ardiente, anónimo: “un burgalés” firmó al final de su alegato en favor del General paisano, cuando este era todavía Gobernador General de Cuba. Era el 7 de marzo del 95: “aquel burgalés de integridad intachable, de laboriosidad y rectitud ejemplares, y de valor y patriotismo bien probados, sabrá a poco que la fortuna le ayude, alcanzar a darnos pronto la paz en Cuba (69)”. Es decir, el anti-héroe nacional era reivindicado como héroe local a través de una serie de predicados que habrían podido aplicarse sin duda a don Rodrigo Díaz de Vivar como prototipo de héroe: idóneo, previsor, enérgico, apolítico, íntegro, patriota, burgalés, intachable, laborioso, recto, valiente, buscador de paz. Su semblanza ya no era –por tanto– una pura exterioridad. El anónimo defensor apuntaba una cuestión sagazmente, al escribir “este general no es político y todos tiene por tanto libres las manos para cargarle de responsabilidades (70)”. En resumen, seguía diciendo el crítico anónimo “entre los pasisanos de aquel general (...) no dejará de haber algunos que conociéndole (...) se habrán dicho (...) ¡Veréis quien es Calleja (71)!”.

b. Fidel Alonso de Santocildes

El caso del General Santocildes (72) fue diferente. Unos días después de la toma de posesión de Martínez Campos, el *Diario de Burgos* le dedicó un espacio en sus columnas sobre su acción de Guanábano. Apenas había sido nombrado antes, ni lo fue después, en la información del periódico burgalés desde Baire hasta Dos Ríos. Pero con motivo de su muerte en la batalla de Peralejo, en julio del 95, se publicó un artículo biográfico. Fidel Alonso había nacido en Cubo de Bureba en 1844. Hizo sus primeros estudios en Burgos, al lado de un tío coronel y otro párroco. Ingresó como cadete en el Colegio de Infantería en 1859; en el 61 ya era alférez y recibió su primer

(69) Vid. DB. 7 de marzo.

(70) Vid. DB. 7 de marzo.

(71) Vid. DB. 7 de marzo.

(72) Sobre Santocildes puede verse CANELLA GUTIERREZ, E. Santocildes, el mártir de Peralejo. Ed. Aldecoa. Burgos, 1985.

destino, Puerto Rico. Desde entonces vivió en las Antillas. Participó en la anexión y abandono de Santo Domingo (1860-65).

Pero su carrera se hizo verdaderamente en la Guerra de los Diez Años, en la que combatió a los mambises en Los Negros, Remanganguas, Loma del Silencio, Loma de la Bruja, Loma de Pancho Fonseca, Faldón, Las Cajitas, Piedra de Oro; La Rinconada y Nacio. Tras la paz de Zanjón, luchó por erradicar a los bandoleros en Cienfuegos y Ciénaga. Su hoja de servicios contribuyó a darle prestigio en su tierra natal, hasta tal punto que al comenzar la Guerra de Martí –como dice el autor del artículo– “los burgaleses todos veníamos leyendo con avidez los hechos gloriosos llevados a cabo por nuestro paisano (73)”, hasta su muerte en Peralejo, en julio del 95. Son numerosas las expresiones de la condición heroica en que era tenido en su patria chica: “todos esperábamos mucho del bizarro burgalés, pero la muerte gloriosa de los héroes ha interrumpido su carrera”; o también “hemos perdido a un gran paisano; la Patria a un General y la Historia ha ganado un héroe⁷ (74)”. Como en el caso de Calleja, todas habrían podido escribirse de don Rodigo Díaz de Vivar.

C. CUATRO ANTI-HÉROES MAMBISES EN UN DIARIO ESPAÑOL DE PROVINCIAS

A lo largo de los casi cuatro meses que van desde el grito de Baire a la muerte de Martí, en el Diario de Burgos se publicaron –dentro de la información general sobre Cuba– tres microbiografías, tres semblanzas de “filibusteros” mambises; en una ocasión, a causa de su muerte –Manuel García–; las otras dos a cuenta de sus acciones –Matagás y Máximo Gómez–. Las de los dos bandoleros fueron escritas por “un suscriptor” anónimo; la de Gómez, por el propio Mencheta.

a. Los Bandoleros

Bajo el título “El muerto y el vivo. Manuel García y Matagás” (75) el autor desconocido, ofreció a los habituales lectores del

(73) Vid.DB.19 de julio.

(74) Ambas citas en DB.19 de julio.

(75) Vid.DB.11 de marzo.

diario un pequeño artículo, describiendo sus vidas a grandes rasgos. De Manuel García Ponte decía: "Manuel García, ese famoso jefe de secuestradores que a creer recientes clabegramas ha perecido al fin bajo el fuego de nuestros soldados en la provincia de Matanzas, era un elemento verdaderamente temible en los campos cubanos. Criollo, de raza blanca; de unos cuarenta y tantos años de edad, de compleción robusta, valiente y astuto, gozaba de gran prestigio entre los guagiros (con dos "g" en la carta publicada por *El Diario*) e inspiraba no poco temor a los propietarios de la rica jurisdicción de Matanzas, y parte de las de La Habana y Santa Clara.

Desembarcó en Bacunayagua, cerca de Matanzas a fines del 87 o principios del 88 (no recuerdo bien), con solo cuatro hombres, con los que vino en una ligera embarcación desde Cayo Hueso, ese asqueroso foco de insurrección que bajo la bandera norteamericana tenemos casi a las puertas de Cuba. Le mataron las tropas a uno de sus secuaces (Beribén, peninsular) y él con los demás pudo internarse y desde entonces ha realizado una porción de secuestros, casi siempre siendo los secuestrados españoles peninsulares o cubanos partidarios de España; desde entonces ha campado por sus respetos asesinando a los que le denunciaban y amenazando con perjuicios en su material a las compañías ferroviarias, de las que solicitaba recursos pecuniarios a cambio de permitir su funcionamiento. En una ocasión llevó sus amenazas a efecto, incendiando, muy cerca de la Habana, la estación de Quibián. Se titulaba rey de los campos. De vez en cuando se dirigía a los periódicos y más de cuatro veces ha publicado *La Lucha* cartas suyas llenas de alardes de valentía. Afortunadamente, ha muerto ya este pájaro, porque si no, hubiera dado mucho que hacer".

La microbiografía de José Alvarez Arteaga, "Matagás" era del mismo corte. "Matagás es un mulato alto, robusto, de expresión siniestra, escasa cultura intelectual, pero muy astuto y conocedor del terreno, especialmente de la jurisdicción de Las Villas, por donde estuvo de práctico de nuestras tropas durante la pasada campaña separatista. Su nombre es José Alvarez; Matagás es un alias. Lleva dedicado al bandolerismo casi desde que terminó la guerra separatista de los diez años; cuando se ha visto muy acosado solía refugiarse en la ciénaga de Zapata, lugar semidesierto, malsano, y poco abordable que existe al sur de la isla de Cuba. Ha realizado infinidad de secuestros. Desde que desembarcó en Cuba Carlos Argüero,

tiene nombramiento de jefe del ejército libertador (comandante); quizá desde entonces haya ascendido. Mientras vivió Argüero operó en combinación con él. Es hombre que dará mucho que hacer”.

En ambos casos, el desconocido autor expuso la descripción según un mismo esquema de análisis. Comenzaba dando una definición; que es “profesional” en el caso de Manuel García (76) “es un jefe de secuestradores”, y racial para Matagás, que “es un mulato”. Para el primero, la etnia es una circunstancia de segundo orden, porque era un criollo blanco; para el segundo, el color era esencial. Luego se describían las características físicas y personales, se determinaban sus áreas de acción y sus acciones más destacadas. García aparecía como un hombre de cierta formación, ya que escribía para los periódicos; Matagás era hombre de escasa cultura. Son dos descripciones de exterioridad, si se juzga por los adjetivos que se les aplican. Los predicados de García son famoso, secuestrador, blanco, robusto, valiente, astuto, temible, prestigioso; los de Matagás, mulato, inculto, alto, robusto, siniestro, astuto, conecedor, bandolero, separatista, asesino. Qué querían, que pensaban, qué era para ellos la cubanidad...nada de esto –y de otras muchas dimensiones de la vida humana– se nos dice.

b. El General Insurrecto Máximo Gómez

El artículo sobre Gómez no era propiamente una semblanza, pero facilita los datos suficientes para acercarnos a su figura. Tampoco respondía a una caracterización cronológica o sucesiva. Era una valoración del personaje en su postura. Decía el periodista que el desembarco de Máximo Gómez en Cuba “ tiene más trascendencia para el conflicto que hay pendiente en la gran Antilla, que esas victorias, que tanto entusiasman al gobierno... (77)”, porque Gómez aparecía a la visión de Mencheta como una prueba o una garantía de que la lucha estaba planteada en los términos extremos de independencia o muerte. En los ambientes políticos se quería quitarle importancia apelando a su edad; a esta cuestión Mencheta respondía desde la tradición española, desde la conciencia histórica de Es-

(76) Sobre Manuel García puede verse, en la obra ya citada de de Paz, Fernández y Fernández (25) Tomo II. Págs. 9-169. Sobre Matagás, el tomo I, págs. 152-161 y 198-206.

(77) Vid. DB.20 de abril.

paña: “Mondragón se batía en Flandes a los 90 años, y Carvajal, el segundo del traidor Pizarro, a los 84 ganaba batallas y era incansable en las campañas del Perú (78)”.

Sin embargo, el corresponsal –que reconocía su valía– le censuraba porque luchaba en Cuba, un país que no era el suyo, mientras Santo Domingo “gime bajo la barbarie y tiranía de los negros que lo dominan. ¿Querrá convertir Cuba en otro estado africano? Pues Cuba de no ser española tiene que ser fatalmente negra o yankee (79)”. “Cuba Libre”, de blancos y negros, la Patria de Martí seguía sin ser vista –ni siquiera intuía– por la metrópoli. Por último, se calificaba su actuación de poco o nada ilustrada, al escribirse como “la gente ilustrada cubana, afiliada en su mayoría al partido español o al autonomista (...) protestaba contra la insurrección (80)”. Es decir, se definía con poca precisión a los mambises como cubanos incultos, incluso como no-cubanos; era una crítica demasiado *a grosso modo* porque a continuación se citaban varios párrafos textuales de un “folleto” del propio Gómez, relato de los últimos sucesos de Cuba, que publicó en Jamaica tras el Zanjón. Eso sin aproximarnos a la figura de Martí, sobre quien continuaba el silencio.

Los predicados del General en este artículo son “insurrecto, separatista, influyente, mayor, dominicano, no cubano, trabajador, desengañado, inculto, inmodesto”. Es también, como en los dos casos anteriores pero de otro autor, una definición de exterioridad, de una exterioridad dañina, negativa, expresada desde la perspectiva metropolitana, que parecía no tener en cuenta –al igual que la mambisa– que la verdad está en los hechos reales; y que alguna parte de ella más una dosis grande de certeza suelen estar en las percepciones; en este caso, tanto la cubana como la española.

c. Una biografía burgalesa de José Martí

El 25 de mayo del año 95, unos días después de la desaparición de José Martí, Mencheta escribió una semblanza biográfica del cubano que comenzaba así: “el infatigable agitador separatista Martí, muerto en el encuentro sostenido con nuestras tropas, era uno de los estudiantes de medicina que salvaron su vida en el fusilamiento del año

(78) Vid.DB.20 de abril.

(79) Vid.DB.20 de abril.

(80) Vid.DB.20 de abril.

1871. Después de aquella época vino a España y continuó su carrera en Barcelona (81)”

El periodista se refería a la ejecución de ocho universitarios que cursaban esa carrera en La Habana, por la acusación de profanar tumbas de españoles, entre otras la de Gonzalo Castañón que era el ídolo de los Voluntarios. El juicio, que se realizó en un clima partidista y crispado concluyó con ocho sentencias de muerte, ejecutadas con urgencia, y otras de prisión. Mencheta no parecía conocer que el caso de Martí fue diferente, al ser condenado a presidio por verse implicado casualmente, como autor de una carta que parecía ofender al ejército. En 1780 ingresó en la cárcel habanera y comenzó los trabajos forzados en San Lázaro. Más tarde fue trasladado a la isla de Pinos y en el 71 deportado a España –fue como el Cid Campeador un transterrado, que hizo de la memoria su patria y que trabajó incansablemente para ésta allí por donde fue– donde terminó el bachillerato y realizó estudios de Derecho y Filosofía y Letras, en Madrid y Zaragoza; jamás Medicina ni en Barcelona.

“Hacía varios años que trabajaba sin descanso para turbar el orden en la isla de Cuba. El organizó los comités separatistas de Nueva York; él recaudaba las cantidades con que periódicamente contribuyen los tabaqueros de la Florida para la insurrección; viajaba sin descanso por las Repúblicas de Sur América, predicando por todas partes la rebeldía a España. Martí alquilaba armas; reclutaba hombres y organizaba expediciones para Cuba, y Martí ha sido el alma de la actual campaña (82)”.

Tras esta descripción, la crónica, tan real como de exterioridad, continuaba detallando la lucha mambisa de Martí. “Había ido a Cuba para obtener allí el sufragio de los rebeldes y volver a Nueva York con la investidura de delegado general y representante único de los insurrectos. Su regreso a Estados Unidos debía efectuarse muy en breve (83)”.

Tampoco esta información era muy exacta. Desde 1891 era líder reconocido de los cubanos en el exilio; desde el 92 era cabeza del Partido Revolucionario Cubano; en el 95 el pueblo cubana le intitulaba “Presidente” como una forma de reconocimiento de su lide-

(81) Vid. DB.25 de mayo.

(82) Vid. DB.25 de mayo

(83) Vid. DB.25 de mayo

razgo natural, aspecto que late igualmente en el vasallaje de aquellos que partieron de Castilla con el Cid. Por lo demás, no había regreso, sino independencia o muerte; José Martí había manifestado más de una vez su vergüenza de no combatir. Las balas de los soldados españoles –Mencheta no recuerda o no escribe el nombre de Oliva, en cierto modo porque fue España, anónima en sus hombres de armas la que mató a Martí– anticiparon una muerte inevitable, según el reportero, a causa de una tisis tuberculosa que padecía el cubano, y evitaron que pudiera prestar otros valiosos servicios a la insurrección. A decir verdad, Martí, el anti-héroe sumo había muerto de heroicidad.

El párrafo final de la semblanza burgalesa de José Martí era como un resumen o una valoración: la revolución “era” él; él había muerto, luego la revolución había muerto. “Entre los yankees que con los insurrectos simpatizaban, el único hombre de acción conocido era Martí, y para los separatistas cubanos que en los Estados Unidos residen y a la guerra con dinero contribuyen, Martí era el hombre en quien únicamente confiaban. Su muerte ha de llevar el desaliento a todos los simpatizadores de la insurrección (84)”. Pero esto no fue así, porque el cubano, como Díaz de Vivar, también ganó batallas después de muerto: al fin y al cabo, Cuba terminó por ser independiente de España, si bien se cumplieron los funestos presagios de Martí respecto a las ambiciones isleñas de los Estados Unidos. “He vivido en el monstruo y le conozco las entrañas” llegó a escribir.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN: RODRIGO DÍAZ Y JOSÉ MARTÍ

Desde 1868 Cuba y Martí son inseparables –tanto como Castilla y el Cid–, se mezclan, y si alguien pretendiera acercarse al conflicto de una manera aséptica, probablemente terminaría sin poder entender nada. Por eso, este trabajo es una aproximación a los sucesos de “la cuestión cubana” tal como los burgaleses los pudieron leer, para mostrar al gran ausente, José Julián Martí Pérez, de quien prácticamente no se hace mención, cuyo nombre aparece

(84) Vid. DB.25 de mayo

siempre sin adjetivos, y que no tuvo espacio informativo hasta la nota necrológica.

Pues bien, algo que llama la atención es que “Cuba” se materializa o se reduce en o a una guerra, no parece una nación pujando por nacer; cuando para Martí la guerra necesaria era sencillamente un medio, como lo fue la Reconquista. La guerra era lo que menos importaba –aun siendo justa– para la libertad y buen gobierno de “nuestra América”, de “los Pueblos Españoles de América”, dicho en expresiones martianas. No podemos saber si alguno de los burgaleses leyó alguna crónica, carta o poema del cubano; no podemos saber si la sociedad de Burgos sabía que Martí no era enemigo de los españoles sino del mal gobierno de España (esto ¿no viene a ser, salvando los matices diferentes, como decir “*oh, Dios, que buen vasallo si hobiese buen señor*”?).

Sí sabemos que en Burgos se llamaba a los cubanos de cualquier otra forma: insurrectos, bandoleros, separatistas, bandidos, secuestradores, filibusteros. Cubanos, nunca. Semánticamente, se convertía a los héroes en anti-héroes, de la misma manera que don Rodrigo Díaz de Vivar se marchó a Valencia como un transgresor.

El espíritu martiano se había identificado equivocadamente con un conflicto bélico; por eso quizá en la información del *Diario de Burgos* no importaban tanto los ideólogos, el pueblo, los poetas, la sociedad ...como los soldados, los hechos de armas, las victorias o derrotas, las bajas causadas. Por eso se nos retrata a los hombres en su conducta exterior; tanto a Martí como a García, Matagás, Gómez, Calleja o Santocildes. Nada se nos dice fuera de lo que podrían considerarse hojas de servicio comentadas. Todo mezclado con las consideraciones sobre la Pratia y sus antiguas glorias que se hacían en Las Cortes. Era una percepción en la que la “otredad” se identificaba con “enfrentamiento”; el otro, el que está en frente. No importaba tanto conocerle como combatirle: Cuba es la guerra, y la guerra son las partidas filibusteras, y así –diseccionando la realidad –la idea de “enemigo” se hacía más asequible para la España maltrecha “que peleaba por la integridad nacional en la manigua”.

Durante siglos, la única situación de frontera que los españoles habían conocido fue el contacto con los moros, que –siendo como era una cultura enfrentada o contraria– no era, sin embargo, desconoci-

da. La situación cubana se había producido al revés, evolucionando desde el conocimiento –la cultura española **en** Cuba– hasta el enfrentamiento –la cultura española **de** Cuba–. Era un conflicto de intereses encontrados y visiones unilaterales, analizado casi siempre a través de un esquema dialéctico: de “moros y cristianos” a “españoles y cubanos”. La excesiva simpleza depreda mucho la complejidad y la riqueza de las personas y su historia, e impide el aprendizaje de los Pueblos. España estaba ciega y en cierto modo Cuba también.

La nación española podría haber visto que la existencia de Cuba como pueblo era garantía de su madurez colonizadora; no se si los cubanos fueron conscientes del grado de quijotismo español que hay detrás, por ejemplo, de ese “mi honda es la de David” de Martí. Por otra parte, José Martí era un insurrecto, un filibustero y un mambí pero no podía expresar sus sentimientos más hondos e íntimos sino en la misma lengua en que Per Abbat escribió el *Poema de Mío Cid*. Si Martí fue un mártir para los cubanos, Santocildes –por ejemplo– lo fue para los burgaleses, y es que los dos lo fueron. En realidad, no eran héroes y anti-héroes, sino héroes enfrentados por su propia similitud, que les hacía pugnar. Culturalmente llega un momento en que una sociedad consolida su identidad a través de la historia; en este caso, José Martí transparentó la heroicidad cidiana como expresión nacionalista en Cuba.

La semblanza martiana de Mencheta parece, en una primera lectura, tan exterior como las demás; estaría por tanto incluida en esas biografías insuficientes de las que habla Paul Estrade: “no habrá biografía posible mientras no se remedien los impedimentos, remotos unos, recientes otros, que se conjugan para cortar el paso (85)”. Entre las condiciones imprescindibles para que esa biografía “imposible” de José Martí pudiera existir menciona como hay que dejar de desdoblar sistemáticamente a un hombre “cuya unidad (entre el decir y el hacer, la política y la poesía, lo público y lo privado, la composición y la autenticidad, etc.) representó su fuerza y su drama, y es esencial para su cabal endetendimiento (86)”.

Desde esta perspectiva y volviendo a la redacción del corresponsal del Diario de Burgos en Madrid, hay una frase, antes desaperci-

(85) Vid. ESTRADE, Paul. “José Martí: ¿una biografía imposible?” en *Revista de Indias*. n.º 205. CSIC. Madrid, 1995. Págs. 537-595. Pág. 594.

(86) Vid. ESTRADE, Paul. (86). Pág. 594.

bida, que se presenta como una biografía “posible”; es una percepción de Mencheta, que quizá la escribió sin demasiada consciencia, y que probablemente los burgaleses leyeron de corrido sin reparar en su importancia. Así pues, implícita en su contexto informativo, el periódico ofreció a sus lectores una visión del hombre de quien –antes de Dos Ríos– apenas había imagen en el *Diario*; es una profundísima biografía que –lejos del heroísmo, las glorias y el combate– capta lo esencial: Martí, como el Cid Campeador, “había sido el alma”.